

Raza y trabajo en el Caribe hispánico: los inmigrantes de las Indias Occidentales en Puerto Rico durante el ciclo agro-exportador 1800-1850

Jorge L. China (2014), *Raza y trabajo en el Caribe hispánico: los inmigrantes de las Indias Occidentales en Puerto Rico durante el ciclo agro-exportador 1800-1850*, Sevilla, España, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Wayne State University, Oficina del Historiador de Puerto Rico y la Asociación Cultural La otra Andalucía, 335 pp.

Con agrado pero, sobre todo con mucha curiosidad leí este libro, me encontré con una grata sorpresa, se trata de un minucioso estudio de las migraciones hacia Puerto Rico y la isla de Vieques procedente de las Pequeñas Antillas sobre todo, aunque por supuesto incluye a los inmigrantes del *Saint-Domingue* francés. Podría haber sido un estudio solamente de carácter histórico, con una necesaria cuantificación pero, no sólo es eso, sino que el autor indaga en dos variables complejas: trabajo y raza, es decir señala, además de cuántos inmigrantes llegaron a Puerto Rico en el periodo señalado, cuáles eran sus perfiles laborales, en dónde se establecieron y si eran blancos, mulatos, negros o de otra procedencia étnica y claro está si eran libres o esclavizados.

En cuatro capítulos presenta sus indagaciones y análisis, llegando a interesantes conclusiones que sin duda contribuyen a ampliar las miradas sobre el papel de Puerto Rico como puerta de entrada al Caribe hispánico y como punto neurálgico del comercio y la migración en el Caribe insular por encontrarse, geográficamente, en el centro del arco de las Antillas.

Comienza refutando la tesis del ya clásico texto de Antonio S. Pedreira, *Insularismo* de 1934, donde exponía la fuerte impronta, predominantemente hispánica de los puertorriqueños, lo que encuentra Jorge China es un crisol de migraciones tanto de blancos de origen europeo con recursos económicos e incluso, esclavos que se asientan en diversos pueblos de Puerto Rico para fundar ingenios y plantaciones azucareras, como esclavizados y libres de color de las islas cercanas como Saint-Croix, San Eustaquio o Saint Marteen, que huían de sus propios amos y buscaban mimetizarse como libres en Puerto Rico o simplemente como libres buscaban mejores oportunidades de empleo. La abolición de la esclavitud en el Caribe inglés (1838) y posteriormente en el Caribe francés (1848) y danés es motivo de una nueva configuración de estas migraciones.

Los hechos históricos del periodo van marcando las pautas de su estudio: se remonta a los pueblos indios que poblaron la isla antes de la llegada de los españoles y el hábito de migrar hacia otras islas. Hace un particular énfasis en lo que el autor llama el periodo pre-plantacional planteando que, durante esa época, Puerto Rico era en realidad un lugar poco poblado, que concentraba la mayor cantidad de gente en los enclaves urbanos de San Juan y San Germán. Sin embargo, sugiere la tesis de que fuera de estos dos núcleos poblacionales también se fue desarrollando una sociedad compuesta por indios y mestizos atrincherados en las zonas altas, por cimarrones del Caribe no hispánico, por negros esclavizados que huían de las plantaciones azucareras de las islas vecinas: Saint-Croix, Saint Thomas o Saint-John.

Nos dice Jorge China que durante esta época siglo xvii y comienzos del xviii: “Una amplia gama de migrantes “sin amo”- marineros, aventureros, piratas, naufragos, europeos ligados por contrato, contrabandistas, desertores militares y esclavos evadidos- arribaban a la región durante gran parte del periodo colonial” (p. 65).

Parece ser que desde esa temprana época, de acuerdo con lo planteado por el autor, se estableció esa sociedad paralela pero, fuera del orden colonial, en la que Ángel Quintero Rivera sustentaría su tesis de la jibarería del escape. ¿Qué sucedió después en el periodo propiamente del que se ocupa Jorge China es decir de 1800 a 1850?

El autor ubica, por una parte, una necesidad de la Corona Española de impulsar la industria y el poblamiento de Puerto Rico y por otra, siguiendo al historiador Francisco Scarano, señala que la Cédula de Gracias de 1815 que favorecía la migración otorgando tierras, tenía como fin último “obtener el apoyo de criollos influyentes y frustrar el surgimiento independentista” (p. 104).

La Cédula de Gracias de 1815 era muy similar, señala China, a la Cédula de Población de Trinidad de 1783, en ella se establecía el otorgamiento de tierra gratuita, la exención de impuestos y otros incentivos a inmigrantes extranjeros católicos de países amigos dispuestos a establecerse en Puerto Rico, ello incluía a negros y mulatos libres, quienes poseían esclavos podían emigrar llevándolos.

Aunque en la práctica hubo dificultades ya que los inmigrantes debían jurar lealtad a la Corona Española en San Juan y en esta época, refiere China, era muy complicado y costoso trasladarse de un puerto de entrada como Mayagüez hasta San Juan, además de estas situaciones se presen-

taron las rebeliones de esclavos en *Saint-Domingue* y las independencias latinoamericanas, que obligarían a las autoridades españolas a suspender la migración de negros y mulatos libres de 1790 a 1840.

Con todo, de acuerdo con las cifras proporcionadas por el autor, los orígenes de los extranjeros libres llegados a Puerto Rico entre 1800 y 1850 se ubican en un 60% de europeos, aproximadamente unos 2,392; un 35% de las Indias Occidentales (1421 personas) y un 4% de Estados Unidos (176), un 1% clasificado como otros (29 personas).

El porcentaje procedente de las Indias Occidentales refleja cómo Puerto Rico se convirtió en un foco de atracción importante en este periodo, Jorge Chinaea presenta un detallado cuadro del origen de estos inmigrantes libres: provienen de casi todas las islas del Caribe, según se desprende la mayoría venían de *Saint-Domingue* (272), de Curazao (260) casi en igual número, de Saint-Thomas (210), de Martinica (140), de Saint Croix (118) y de Guadalupe (108), aunque en menor número, los había provenientes de Tórtola, de Monserrat, de Nieves, de Trinidad, de Santa Lucía.

El autor reconoce el impacto económico que estos inmigrantes tuvieron en el desarrollo agrícola y particularmente azucarero de Puerto Rico en el siglo XIX, ya que aportaron no solamente su fuerza de trabajo sino también su pericia técnica, conocimientos, capital en muchos casos y redes de mercadeo.

Hay también información y datos pormenorizados de los pueblos y ciudades de Puerto Rico a donde llegaron para establecerse estos extranjeros libres, los cinco lugares que aparecen son en primer lugar San Juan, luego Ponce, Mayagüez, Guayama y Patillas. Las ocupaciones de esta población eran muy variadas: calafates (constructor o carpintero de barcos), mecánicos de molinos, reparadores y operarios de maquinaria, candeleros, torneros, jaboneros, perfumistas, floristas, cigarreros, cocineros, agricultores y marineros, entre otras.

El libro es resultado de una investigación doctoral donde el historiador Chinaea se basa en documentación proveniente del Archivo General de Indias, del Archivo Histórico Nacional de Madrid y del Archivo General de Simancas, en Valladolid ya que como se recordará, Puerto Rico es colonia española justo hasta 1898, al finalizar la guerra hispano-cubano-norteamericana. Asimismo, aparecen los archivos de Estados Unidos: *National Archives of United States*, y *Library of Congress* y para lo referente a los migrantes de las colonias británicas la *Public Record Office*. Igualmente

abundante es la documentación consultada en el Archivo General de Puerto Rico, en San Juan.

El autor observa, con agudo sentido crítico, las suspicacias que levantaban entre la población local los nuevos recién llegados, particularmente la población negra y mulata y también la posible competencia que se desarrolló entre los dueños de ingenios y plantaciones, entre ellos destacaron los de origen irlandés, corso e italiano.

Las conclusiones ofrecen una amplia reflexión sobre la identidad de Puerto Rico como país de muchos pisos y la necesidad de ir develando, cada vez más, los silencios y omisiones que se han derivado de una cierta manera de construir el relato historiográfico por un lado, y por otro de la intención, derivada de las políticas coloniales, de favorecer la migración de ciertos grupos poblacionales para minimizar la posible influencia étnica, política económica o cultural de otros. Los fragmentos que constituyen las historias del Caribe insular poco a poco y cada vez más, van tomando forma, tal como sucede con este libro: intentando trazar de nueva cuenta sus rutas y derroteros.

MARGARITA AURORA VARGAS CANALES
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE,
UNAM.